Napoleón tuvo miedo

Crónica novelada de una injusticia del Primer Cónsul, sacada de los textos franceses por

Diego San José

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando en París fue puesta tan en inminente peligro la vida del rey de España, dijo este que la muerte la llevaban de continuo los jefes de estado entre sus equipajes.

Cierto que la frase es feliz, y no puede tener más justeza, así de pensamiento como de fondo.

Y no va el regalito, solo en las impedimentas de los tiranos, que igualmente ocupa lugar en las de los insignes y patriarcales.

No es mucho, pues, que sabiendo todos ellos que cada paso que dan muy bien puede ser el último, porque de la traición se sabe dónde florece, pero no dónde se siembra, anden aún los de espíritu más fuerte y templado, como de puntillas y piensen a lo mejor ver gigantes y monstruosas represalias donde solo hay molinos de viento y mazas de batán.

De esta incertidumbre, de este terror íntimo, se formó, hará ciento diez años, una negra y fea mancha que fue a caer sobre la brillantísima historia de Napoleón Bonaparte, y precisamente en el período en que se comentan y ensalzan sus más famosos hechos como militar y como político.

En menos de tres años, la vida del Primer Cónsul se halló siete veces muy cerca de su punto final, ello aparte de multitud de pequeños complots, que pudieron ser sofocados, a tiempo de dar señales de vida.

Los hilos de tales asambleas estaban en manos de la policía, que los dejó gallear un poco, y apenas vio que podían levantarse y hacer remedos de andadura, los aserretó de firme y cayeron a plomo, porque sus promovedores eran enviados a las colonias penitenciarias francesas, donde finaban por convencerse, mal que les pesara, de que peor estaban ahora que antes de meterse a arregladores y refundidores del régimen.

Todas las conspiraciones, naciendo de un solo tronco que es el odio, tienen tantas y tan extrañas ramas, que, ya que no pueda echarse a tierra el árbol entero, es necesario irlas cortando según que retoñan y quieren dar fruto.

Igualmente, y con la misma saña, se conspira en las calles, en los cuarteles, en los

monasterios, en los salones y en guardillas, que en las gradas de un trono.

Pues ¿cuántas veces no ha acontecido que tal determinado momento en una ceremonia o un servicio palatinos, fueron señales convenidas para una sublevación o para un regicidio?

Y, si en tiempos de calma y bienestar de la nación como aconteciera en Francia cuando el buen Enrique IV, se hace esto, ¿qué no será en días de revueltas, desasosiegos y revoluciones, como durante la égida de aquel prodigioso y aguerrido genio, que quiso ser sobre la Tierra tanto como Dios en el cielo, y asentó en Francia las águilas imperiales?

Los monárquicos le odiaban por usurpador del cetro de Carlovingio, y los republicanos no le querían bien y le comentaban y censuraban porque se les metió en los cascos que perdía la causa de la libertad.

Las más amplias y democráticas instituciones del consulado, entre ellas alguna tan honrosa como la de la Legión de Honor, eran acogidas con irónicas complacencias, y servían de incivil asunto a groseros y mordaces epigramas.

Para los realistas no era la revolución otra cosa que un accidente vergonzoso, deplorable, ilegítimo y, desde luego, ayuno de sentido moral; visto de cerca, no les parecía más que la barbarie sangrienta de 1793 cuajada en la imbécil forma gubernamental del *Directorio*.

En cuanto a Bonaparte, los devotos y fanáticos del régimen tradicional solo veían en él a un audaz y afortunado aventurero, con más dotes de bandido que de militar.

Y tales fueron las razones que tuvo la emigración realista para caer nefastamente en el odioso sectarismo de los criminales políticos, decretando la muerte del Primer Cónsul.

Pero este odioso delito que hoy es tan repudiado por todos los partidos, cualquiera que sea el color de sus ideales, entonces era cosa de poca monta que estaba en la orden del día como quien dice.

Por otra parte, justo es decir que todo desmán autorizaba la difícil y angustiosa situación de aquellos proscriptos, leales de la corona.

Se les consideraba como delito de alta traición el emigrar, y eran condenados a muerte cuantos pisaban territorio francés.

Aunque Napoleón había suprimido la policía en torno suyo, por creerla innecesaria, pues abrigaba la pretensión de que nadie podría guardarle mejor que su propio cuidado y advertimiento, llegó a noticia suya la existencia de cierto complot monárquico que comenzaba a germinar en Londres.

Los aldeanos de la Bretaña andaban un tanto levantiscos, los quintos ingresaban en filas de muy mala gana, y, aunque no había posibilidad de otra Vandée, era lo cierto que el estado de Francia no era muy tranquilizador, porque no estaba muy segura la vida del primer

ciudadano.

CAPÍTULO II

Poco más eran de las nueve de la noche, el Primer Cónsul ponía fin a la cena con una taza de café, y le hacían tertulia de sobremesa, además de sus ayudantes, el jefe de Policía, Mr. Davont, y los comisarios Mr. Regnier y Mr. Real.

Era la conversación un tanto íntima y animada, pero de pronto vino a desviarla un indiscreto general trayendo a cuento las hablillas que se corrían acerca de una conspiración descubierta casi a las puertas de Francia, en el Ducado de Baden.

Napoleón, entre preocupado y escéptico, se volvió hacia su primer esbirro y le dijo en tono de buen humor:

—No empleéis vuestro tiempo ni vuestra gente en vigilar cerca de mi persona. Haced inquisición de todo el mundo, incluso de mí, pero fuera de palacio.

Y luego añadió:

—No piensen que es tan fácil como a primera vista parece la tarea de quitarme de en medio, por la sencilla razón de que no tengo costumbres fijas. Llevo la vida según me permiten mis quehaceres. Salgo a horas imprevistas, y voy donde es necesario, siempre por el camino más corto, y, en cuanto a la mesa, no tengo preferencia por manjar alguno, el comer no es para mí más que una necesidad, y así, tan pronto como una cosa como otra, sin que haya para mí manjar favorito, unas veces tomo del plato que tengo más próximo, y otras del que está en el último extremo de la mesa.

—Sin embargo —objetó respetuosamente el indiscreto—, no está de más el prevenirse, que todo puede esperarse de esa polilla realista, y ninguno sabemos en qué punto tenemos marcado el último paso que daremos sobre la tierra. Vos ya habéis estado expuesto a caer siete veces, y creedme que no ha sido flojo milagro salir libre de los tropezones.

—Mucho estimo, señor general, vuestras advertencias —replicó Bonaparte, apurando un sorbo de café—, pero ¿qué hemos de hacerle si todas las cosas están pendientes de la voluntad del Altísimo? Además, que ¿no os parece que fuera vulgar y prosaico fin para hombres como nosotros acabar pacíficamente en su cama, abrasados por una fiebre hidrópica o ahogados por el asma como un pacífico clérigo de misa y olla?

Mr. Davont dio cuenta de las investigaciones hechas por la policía, y dijo que, si algún peligro pudiese existir, estaba fuera de Francia, entre los emigrados.

Que se suponía jefe de la intriga a un príncipe francés, de la rama de los Borbón o de los Artois.

Que el ministerio británico patrocinaba la felonía y había indicado a los desterrados en Londres tres puntos para la operación:

Múnich, Baviera y Hesse.

Lo que no había pasado los fosos del secreto es cuál era el brazo destinado para la ejecución.

—Por todas partes se va a Roma —dijo el imprudente general, abriendo con cada palabra que decía una nueva tronera en el ánimo del Cónsul—. Y bien pudieran estos bandidos aristócratas llegar a la Malmaison por una mina. Es preciso dormir con un ojo y velar con otro.

—Mr. Real, Mr. Requier, ambos sois firmes columnas de la seguridad de la república —dijo Bonaparte dirigiéndose hacia dos tertulianos—, ¿qué opináis de estos recelos que por lo que se advierte llevan muy buenas trazas de ser realidades?

A lo que respondió Mr. Real, que, si bien era cierto que había tales rumores, no peligraba aún por esta parte la vida del primer Cónsul, pues que los individuos que pudieran tenerse por más peligrosos estaban ya arrestados en su mayoría.

—El general Savary —añadió Requier— no cesa de hacer investigaciones y pesquisas en la Vendée, y hasta ahora no ha enviado noticias de peligro inminente, pues todo lo que se advierte es una especie de sorda agitación sin motivo político alguno.

—Bien está —replicó Bonaparte, pretendiendo disimular, aunque no muy maestramente, la natural preocupación que le embargaba—. De todo cuanto habéis dicho, claramente se desprende que, si está de Dios que el casorio llegue, llegará sin que nadie haya podido impedirlo. A ver la lista de sospechosos, ¿la tenéis ahí?

Y por toda respuesta Mr. Real presentó a Bonaparte un pliego que sacó del bolsillo interior del frac.

En dicho papel había escritos unos cuantos nombres y al pie de algunos una señal con lápiz rojo *para distinguir su importancia de los demás*.

Cogió el papel Napoleón; pasó por él rápidamente la vista y, tomando luego una pluma, del recado de escribir que había en un velador próximo, señaló cinco nombres y le entregó luego a Mr. Real, diciéndole:

—Haced pesquisas cerca de estos individuos que os señalo; uno de ellos, cuando menos, puede aclarar o desvanecer nuestras sospechas. Formadles consejo, y prometedles clemencia si declaran; puede que no falte alguno, el que necesitamos, que se determine a sentar plaza de charlatán.

Como puede colegirse, la idea de Napoleón no era nada menos que la de someterles a un consejo de guerra sumarísimo, y, si eran declarados culpables, hacerles fusilar dentro de las veinticuatro horas siguientes.

Poco más duró la velada, y en toda ella no estuvo el insigne corso tan despreocupado y jovial como en él era costumbre. Menudeaban las excursiones de la mano desde el bolsillo del chaleco que le valía por tabaquera hasta la insaciable nariz.

Minutos antes de las once se despidió Bonaparte, y quedó con ello terminada la tertulia.

De allí a pocos días fue celebrado el consejo, según y conforme ordenara el primer ciudadano de la República.

Dos de los sospechosos fueron puestos inmediaamente en libertad, por no aparecer contra ellos cargo alguno, otros dos fueron pasados por las armas, sin que la promesa de ser indultados si declaraban fuera suficiente para arrancarles otra confesión que su odio al nuevo régimen y su profundísima lealtad por el legítimo señor de la Francia, que era S. M.

El otro, llamado Querelles, tuvo miedo a sucumbir, creyó firmemente la promesa de perdón con que halagüeñamente se le brindaba, y habló.

Sus revelaciones fueron un potente rayo de luz que lo aclarara todo.

Manifestó que los emigrados de Londres tenían criminales asalariados para acabar prestamente con la vida de Bonaparte.

Que algunos de los más audaces habían desembarcado secretamente hacía obra de seis meses en las costas de Biville (Normandía).

Que era su jefe Georges Cadondal, antiguo caudillo de los bretones, el más audaz y valiente de todos.

Que este funesto personaje se encontraba en París, y se ocupaba en organizar una nueva banda de asesinos, perfectamente conocedores de la ciudad, para así con gente experta, no exponerse a marrar el golpe, sino acelerarle todo lo posible, pues traía órdenes urgentes de rematarle pronto.

Que, para dar la señal de ataque, aguardaba la llegada de un príncipe que también había de tomar tierra francesa en las costas de Biville.

Que paulatinamente habían ido llegando personajes muy prestigiosos, defensores de la causa real, entre ellos uno a quien decían Mr. Carlos, hombre como de cuarenta años, de alta estatura y robusta complexión, el cual de continuo iba embozado en una luenga capa azul claro.

Que todos le hablaban con profundo respeto y le daban tratamiento de Alteza.

Y luego como coletilla de tan notable e inesperada denuncia, que colocaba a la policía sobre una pista cierta, indicó los sitios en que tenían por costumbre reunirse, y se hacía más seguro el atraparles.

Puesta la policía en tan franca y expeditiva senda, hizo durante los días 18 y 19 lluvioso (9 y 10 de febrero), muchas detenciones de alta importancia, entre otras las de Luis Picot, lugarteniente del temible Candodal, de Corter (más conocido por Saint Victor), y de Roger, estos dos últimos cómplices del anterior atentado contra el Cónsul primero.

Apretados estrechamente por los contundentes sistemas policíacos, declararon que habían venido a Francia bajo las inmediatas órdenes de Georges para asesinar a Bonaparte donde más a mano se les presentara.

Registradas las habitaciones en que se hospedaban, se hallaron uniformes como los de los guardias consulares.

No cabía, pues, la menor duda de que se estaba frente a una conspiración perfectamente organizada, la cual era dirigida por una ilustre figura monárquica.

Acaso el conde de Artois, secundado por su hijo el duque de Berry, por los conspiradores, así como hablaron también de aquel misterioso Mr. Carlos, dieron noticias de cierto joven a quien se trataba y obedecía con todo respeto, casi rayando en la ceremonia cortesana.

Se arrestó también a un antiguo oficial del ejército de Condé, que, después de la paz convenida, recibía frecuentemente visitas sospechosas.

El tal, que se llamaba Bouvet de Lozier, fue sometido a un habilísimo interrogatorio por el Comisario Mr. Real, y casi cantó de plano, y afianzó las declaraciones de aquel otro Querelles, que hablara por miedo a la muerte.

Vuelto a la prisión, reaccionó su hombría y, comprendiendo cuanto perjuicio había hecho a sus compañeros, trató de ahorcarse con una faja atada a la reja de la celda; pero he aquí que esto que pensó castigo de su debilidad, no fue sino desbordado torrente por donde se escaparon todos los secretos de la conspiración.

Llegados los vigilantes a tiempo le pudieron salvar, pero luchando en la enfermería entre la vida y la muerte comenzó a delirar, y en aquel estado de morbosa inconsciencia reveló todas las fases de una conspiración realista—jacobina contra la vida del primer Cónsul, a cuya cabeza se hallaba Pichegru y Moreau, caudillos ambos en las campañas de Holanda y

Hochenlinden.

El efecto producido en Napoleón por estos descubrimientos fue terrible, y más cuando llegó a sus manos una comunicación del Cónsul inglés Drake, en que decía:

«Importa poco saber quién puede dar muerte a la bestia, ni el procedimiento como ha de llevarse a cabo; basta con que todos os encontréis dispuestos a darle caza».

CAPÍTULO III

Napoleón, que había puesto todo su talento, todo su entusiasmo y toda su alma al servicio de la República, se llenó de pena y de indignación al ver en qué manera había ciudadanos que querían pagarle los desvelos.

Se le subió la sangre a la cabeza, como vulgarmente suele decirse, y se le desencadenó una intensa tempestad de cólera y de venganza.

Comenzó a revolver en el cenagal de las conspiraciones y fue sacando sartas de descontentos, en los que se propuso hacer un castigo ejemplar.

Los días en que se resolvió aquella crisis de tan varias y vengativas ideas, ciertamente que parecía el primer Cónsul un león encadenado, y por todas partes pensaba ver enemigos y ansiaba que cada segundo se descubriera una nueva madriguera de conspiradores.

Dio órdenes al general Savary para que se trasladara a Biville a sorprender la llegada del príncipe que había de dirigir la conspiración.

Hizo rodear París por un cordón de soldados, y poner centinelas de vista ante los muros que guardaban a Georges y Pichegru, que no podían ser capturados.

Hizo atrancar el Sena por los marineros de la guardia.

Se instituyó él mismo en jefe superior de Policía sin intermediario alguno, pues comenzaba a recelar de cuanto le rodeaba y todo lo inquiría y fiscalizaba con el mayor escrúpulo.

Las terribles leyes sobre el encubrimiento que tan en juego estuvieron durante la Vendée, fueron exhumadas, aun si cabe, con más vigor, por lo que París entero creyó que había vuelto

la funesta época en que rodara por el cadalso la corona de Francia y las cabezas de toda la nobleza.

Tan extremo rigor policíaco comenzó a dar muy en breve los apetecidos resultados. Pichegru, Arnoldu, Julio de Polignac y Riviere fueron presos, y, por último, el más ansiado de todos, Georges, el cual, con toda gallardía y altivez, como si fuera cada palabra un salivazo arrojado al rostro de Bonaparte, confesó todo el proyecto de emboscada y ataque a viva fuerza contra su persona; acometida que había de dirigir un príncipe francés.

El Primer Cónsul se esforzó desde entonces en buscar con mayor ahínco al supuesto cabecilla, y tuvo muy acerbas censuras y denuestos para la primera nobleza.

Los motejó de cobardes, de aventureros y de ruines, por cuanto no hacían más que dar palabras, ofrecer recompensas y encender discordias, para que infelices y bobalicones parias fuesen a meterse en la boca del lobo, mientras que ellos y los hijos chillaban y hacían planes que no se atrevían a cumplir cara a cara, porque ni siquiera poseían el fanatismo de la idea, que en todas las sectas hace mártires.

Pasaba y repasaba *in mente* la lista de aquellos ilustres emigrados, y no acertaba, a pesar de su intuición maravillosa, cuál de entre tantos pudiera ser el elegido. Luis XVIII y el duque de Angulema se hallaban en Varsovia.

El conde de Artois, los duques de Berry, de Orleans, de Montpensier y Beaujoláis, en Londres, así como igualmente los príncipes de la Casa de Condé; pero no el más joven, que desde la paz habitaba en el gran Ducado de Badén.

Bonaparte pensaba que de desembarcar en Normandía algún individuo de la Casa de Borbón, no podrían ser otros que el conde de Artois o su hijo.

Cuando no tuvo duda alguna de que no sería de Inglaterra de donde vinieran Borbones, pensó en la frontera alemana y en el príncipe de Condé, que vivía cerca de ella.

El Condé que faltaba de Londres no era ni el príncipe, ni el duque de Borbón, sino el duque de Enghien, el más audaz, el más valiente, el más emprendedor de toda la rama.

Ya en el año VI de la República se le tuvo por complicado en la conspiración de Pichegru con el nombre de Condé.

Ahora se hallaba refugiado en Ettenheim, distante algunas leguas de Offemburgo, sitio de reunión elegido por los realistas emigrados en aquella parte de la frontera.

El puente de Kehl era paso para los comprometidos de la línea alemana, así como las costas de Bivil era lugar de desembarco para los de Inglaterra.

No bien Napoleón lo creyó así, lanzó todos los sabuesos de su policía a por este rastro que él creía seguro.

Encargó a Mr. Talleyrand que tuviese estrecha vigilancia sobre todos los ministros franceses del último reinado que habían buscado seguro refugio en Alemania.

Valiéndose del servicio de correspondencia de las brigadas de gendarmería, que era el más seguro brazo policíaco, porque se despachaba diariamente, se enteró Bonaparte de la vida y milagros del duque de Enghien en el destierro.

Pero, servido por subalternos hechos enteramente a su gusto, que no pensaban ni determinaban sino como creían que pudiera halagarse más a su superior jerárquico, se enteró mal, y de ello nació la única mancha acaso que desluce la brillante historia del hombre más grande del siglo XVIII.

Imaginando que se hallaba frente a una conspiración, monstruo que le restaba la vida por minutos, preparó un plan de batalla en toda regla, como si más que la libertad de un hombre ansiara la entrega de una plaza importantísima, y así se cruzaron órdenes, pasquines, oficios y bandos que eran verdaderos capítulos dé guerra.

En verdad que no se comprende cómo un genio tan privilegiado como el de Napoleón Bonaparte pudo oscurecerse de tal manera en un momento dado por una venda de miedo.

¡Cuán cierto es que las equivocaciones más desastrosas son las de los grandes hombres!

CAPÍTULO IV

Luis Antonio Enrique de Borbón, conde—duque de Enghien, había nacido en Chantilly el día dos de abril de mil setecientos setenta y dos, y era hijo de Luis Enrique José, duque de Borbón, y de Luisa María Teresa Matilde de Orleans.

Educado, como por entonces tenían por costumbre (y aún hoy) las casas ilustres en la veneración de sus antepasados, que fueron los más insignes barrotes de la nobleza de Francia, solo para memorar sus hechos e imitar sus honrosas andanzas parecía vivir el nuevo vástago.

Aún no había cumplido la temprana edad de los diecisiete años, cuando aquella terrible hecatombe del noventa y tres arrojó a sus padres a la emigración, huyendo de la guillotina.

Abrigando un sentido completamente exaltado y caballeresco, absoluta herencia de su ilustre madre, se lanzó lleno de alegría y entusiasmo a los peligrosos y locos azares de la guerra que Europa entera tenía emprendida contra la naciente República.

Y bien puede asegurarse, sin miedo a incurrir en hiperbólica exageración, que entre todos los adversarios del naciente régimen que naciera de entre las ruinas del trono, no los tuvo ni más esforzados ni más leales.

Por más rudos y encarnizados que fuesen los encuentros, jamás olvidó Enghien que combatía contra hermanos suyos.

Se halló en hechos tan memorables como el sitio de Maguncia, el combate de Bersheins, y en el ataque del puente de Múnich, en el que solo la indómita bravura y rudo tesón de los emigrados logró salvar a las tropas austríacas de una terrible derrota.

Más de una vez protegió el noble soldado a prisioneros republicanos, contra las enconadas iras de emigrados victoriosos.

Y se le vio prodigar cuidados a los heridos de las fuerzas contrarias, como si fuesen de sus mismas filas.

Cuando la paz trajo la disolución del ejército de Condé, Luis Antonio consiguió conservar el sueldo de general reformado y el permiso para residir en Alemania, en el Ducado de Baden.

Lo que retenía al joven príncipe en aquel punto estaba muy lejos de las ideas bélicas y políticas que pudiera abrigar por el restablecimiento del trono francés, sino el divino Amor, que todo lo quiere, todo lo abarca y todo lo consigue.

Desde 1801 estaba casado secretamente con la hermosísima Carlota de Rohan Rochefort, sobrina del Cardenal.

Este matrimonio había sido efectuado contra los proyectos de Luis XVIII, que pensaba otro enlace para el príncipe, más conforme con la Casa de Borbón.

Intensa y sinceramente enamorado el duque de su esposa, vivía en Ettenhiem dedicado a ella por completo.

Se había resignado a esperar pacientemente, porque creía fatal justicia del cielo que un golpe de Estado volviera a sentar en el trono francés a la Casa de Borbón.

Los amaños políticos y las sordas intrigas de conspirador no eran su fuerte.

No se prestaba ni sabía luchar más que cara a cara, de frente a las circunstancias y al enemigo.

El congreso secreto de emigrados establecido en Londres giró el 15 de enero de 1804 una orden a todos sus colegas que disfrutaban de pensiones, para que se reuniesen en las riberas de Rin, bajo pena de verse privados de sus emolumentos.

Se trataba de reorganizar en Offemburgo el Cuerpo de ejército. Condé le invitó al duque de Enghien para que se pusiese a las órdenes de los oficiales generales. Se hizo desde luego como muy leal y subordinado de la causa; pero ni él ni sus parientes avecindados en la capital de Inglaterra fueron puestos en el secreto de complot alguno.

Como para la familia Condé corrían rumores de que el príncipe estaba en relaciones con un Comité de Offemburgo, cuyos individuos usaban de la influencia de S. A. como de un imán para atraerse todos los emigrados en Alemania, y aun se aseguraba que el de Enghien había hecho algunas breves escapatorias a París, le escribió el príncipe su padre la siguiente carta, la cual está fechada en su residencia de Wansted—House a 16 días del mes de junio del año 1803.

«Mi querido hijo: Se dice por aquí, y yo temo mucho que sea cierto, que hace poco has emprendido un viaje a París; otros dicen que solamente estuviste en Estrasburgo; fuerza es considerar que, si has hecho esto, has arriesgado bien inútilmente tu libertad y tu vida. Pero lo pasado ya no tiene enmienda, por lo que es inútil machacar sobre ello.

Si efectivamente han tenido efecto alguna de estas peligrosas excursiones que te atribuyen, te ruego que me lo confieses; no he de reconvenirte por ello, trato solamente de saber lo que hayas podido observar respecto a nuestra causa.

¡Hijo mío! Oye los consejos de tu padre, no pongas tu vida en peligro de una manera tan inútil.

Aunque yo en otras ocasiones te haya aconsejado que permanezcas en esa frontera, porque ahí para nuestros santos y legítimos proyectos estás más cerca de nuestra querida Francia, no te he autorizado para que te confíes tanto que una imprudencia me obligue a perderte para siempre.

Guárdate; toda cautela es poca para con esa gente villana y soez, sedienta de sangre noble.

Tenme casi continuamente avisado del sitio donde estés, para que yo pueda avisarte lo que más conviene a tu seguridad personal, en el caso de que al Primer Cónsul se la pase por la mente perseguirte (que no sé qué misteriosa voz me anuncia que sí).

Exponer la vida cuando no existen más que seguridades de perderla sin gloria alguna, no es valor, es locura...».

A esta paternal y sentida carta respondió el de Enghien con esta otra, en que se revelaba todo el valor y el orgullo que corría por sus venas:

«Mi queridísimo papá: Es preciso conocerme poco o no creer cosa alguna en mí, para admitir como cierta la superchería de que mis pies hayan tenido la avilantez de pisar tierra republicana.

Soy demasiado altivo para humillarme tan rastreramente ante los verdugos de mis

mayores.

Si es cierto que el Primer Cónsul, como suprema autoridad de mi envilecida y querida patria, puede destruirme cuando bien se le antoje, jamás alcanzará su despótico poder el gusto de humillarme.

Siempre que tenga que viajar fuera de Francia adoptaré el incógnito; pero, si una necesidad ineludible me obligara a pisar su suelo, usaría mi verdadero nombre, pues considero que no hay quien por los aposentos de su casa ande de tapadillo...».

Para desmentir estos falsos rumores de excursiones expuestas al territorio francés, que a oídos de su mismo padre habían llegado, fue principalmente por lo que el duque pidió un puesto en la nueva guerra como jefe de un Cuerpo auxiliar que iba a operar en las márgenes del Rin.

A todos alarmaba la comprometida situación del príncipe si no era a él, y todos sus afectos, y aun el mismo rey de Suecia, yerno del elector, le había escrito recomendándole la mayor prudencia, puesto que el más leve descuido pudiera perderle.

Su infeliz esposa, la espiritual Carlota de Rohan, fue confidencialmente avisada por un gendarme que antaño estuvo al servicio de la ilustre casa, y en los históricos momentos por los que vamos se hallaba a las órdenes del coronel Charlot.

En Estrasburgo se hacían incesantes pesquisas para prender al duque, y según la fe y el ahínco que en ellas se empleaba, era de presumir que no tardaría en caer en las garras de la república.

CAPÍTULO V

Con las primeras luces del día habían comenzado en la mansión del príncipe los ajetreos bulliciosos, que son gustoso prólogo de una partida de caza.

Era S. A. muy aficionado a este deporte, y en todo el tiempo que hubo de durar su destierro lo tuvo por diversión favorita.

Invitados y servidumbre andaban ya hacía rato de un lado para otro previniendo los últimos detalles.

También el príncipe se hallaba ya levantado y vestido, e iba de un lado para otro inspeccionándolo todo.

Cierto que con ser gentilísima su figura, el traje que vestía parecía aumentarle el buen porte.

Se vistió a usanza de los montaraces del Tirol, calzaba altas y fuertes botas de piel de gamuza, sujetas por la rodilla; se tocaba con una rica y elegante gorra, orlada de franjas de oro; por debajo, como dorada lluvia, le caía el cabello, que, contra el gusto de la moda, no iba empolvado.

Daba la última ojeada a su indumentaria acompañado por su íntimo el coronel Mr. Grunstein, cuando súbitamente, y sin pedir licencia para entrar, se abrió la puerta y apareció su ayuda de cámara diciendo, con la voz velada por la angustia:

—Monseñor, el castillo está cercado. Un oficial francés nos intima a que abramos y nos demos presos.

—No abráis mientras yo no lo disponga —replicó tranquilamente el duque.

—Monseñor, amenazan con echarla al suelo y entrar por la fuerza —replicó el fámulo.

Brilló en los ojos de Monseñor un relámpago de coraje y de intrepidez, y, tomando la escopeta que tenía prevenida sobre un canapé, dijo resueltamente decidido a vender a precio de muerte su libertad y su vida:

—Pues bien; defendámonos.

Se dirigió a la ventana y encañonó al oficial que golpeaba los aldabones del vetusto castillo.

De pronto, dentro del aposento se escucharon extraños y precipitados pasos.

Se volvió Grunstein prestamente y se halló ante un piquete de dragones mandados por un oficial.

Más rápido aún desvió la escopeta de Enghien del lugar a que iba a enviar la muerte, y le preguntó:

—Monseñor. ¿Os habéis comprometido?

—No —respondió el príncipe secamente.

—De todas maneras, es inútil toda resistencia; estamos capados; si sois inocente de la

conspiración que por lo visto os acumulan, vuestra misma inocencia os salvará. Entreguémonos.

El duque tiró la escopeta a los pies del oficial, y luego, despectivamente, como si el desaire se lo hiciera al Primer Cónsul, le volvió la espalda.

Con el último vástago de la condesa de Condé fueron arrestados también Grunstein, el ayuda de cámara Ferón, y los criados Camone Poulain y otro, cuyo nombre no conservan las crónicas.

De pronto, en la calle, comenzaron a oírse gritos de ¡fuego!, ¡fuego!

El coronel Charlot, que era quien mandaba la fuerza republicana que venía a apoderarse del aristócrata francés, previno sus soldados para la defensa, creyéndose que el pueblo se sublevase contra ellos.

Apareció un emisario del Elector de Baden pidiendo cuenta de aquella invasión extranjera, a lo que el dicho coronel respondió con voz bastante alta, a fin de que pudiesen oírlo los curiosos alborotados:

—Es cosa convenida con vuestro monarca.

Lo creyeron así uno y otro, y la villa tornó a su paz acostumbrada.

Así como se vio que todo estaba tranquilo, se determinó Charlot a sacar a los prisioneros. Mientras se reunían las fuerzas francesas diseminadas por la población (porque el acto fue llevado a cabo con todos los lujos y minucias de la toma de una plaza fuerte), fueron depositados los presos en un molino situado a poca distancia de las murallas de Ettemheim.

Uno de los criados de S. A. conocía palmo a palmo el molino, que muchas tardes en las horas que tenía libres se iba hasta allá y pasaba un buen espacio en compadrazgo con el molinero.

Se acercó disimuladamente hacia su amo y señor, procurando que no le advirtiesen los gendarmes que tenían de vista, y señalándole no más que con la mirada una pequeña puerta que había cerca, le dijo con voz casi imperceptible:

—Señor. Abrid cautelosamente esa puertecilla, da a la presa del molino; pasad la plancha, arrojaos al agua y poneos a salvo, yo me quedo aquí guardándoos la retirada.

—¿Cómo? —preguntó el Conde en el mismo tono callado y admirado por una tan grande prueba de lealtad.

—Esto no es cosa que os interese —respondió el fámulo—. Andad, no perdáis tiempo.

Trató el de Enghien de poner en práctica el consejo de su generoso lacayo, y con sutil disimulo y pasmosa lentitud, fue acercándose al lugar donde pensaba hallar la redención de su libertad.

Siempre de espaldas, llegó:

Con las yemas de los nerviosos dedos, temblones por la intensa emoción, tocó los recios tableros, fue subiendo la diestra mano hasta oprimir el pestillo.

Tiró de él, pero no cedió.

La fatalidad, cruel enemiga de los desgraciados, lo había dispuesto de muy otra distinta suerte.

Un hijo del molinero, muchacho de corta edad, asustado por la presencia de la soldadesca, así como los vio entrar molino adentro, huyó por aquel sitio, cuidando muy bien antes de echar el cerrojo tras sí temiendo que pudieran perseguirle.

Luis Enrique de Borbón, desesperado por este contratiempo, quiso poner toda la fuerza de la que fueran capaces sus dedos al servicio de su idea, e hizo ruido.

Lo advirtió el oficial, y apartándolo bruscamente, puso dos centinelas junto a la puerta maldecida.

—¡Todo sea por Dios, y él te lo premie, Ferón! —exclamó el desdichado príncipe dirigiéndose a su fidelísimo ayuda de cámara.

Después suplicó al oficial custodio que, si era posible, y puesto que estaba tan cerca, le trajesen de Ettemheim su ropa habitual, ya que llevaba puesto el mismo traje de caza con que le hallaron.

Se consintió en ello, y aún se dijo a los criados que los que no estuviesen dispuestos a seguirle quedaban en libertad y sin sujeción a intervenir para nada en el proceso.

Pero todos ellos dieron una prueba de altísima nobleza y heroica fidelidad rechazando enérgicamente el ofrecimiento.

Poco antes del mediodía, que fueron reunidas las fuerzas, prosiguió la marcha de los prisioneros.

El Príncipe, el Marqués de Thumery y el coronel Grunstein ocuparon un carruaje escoltado por más de cincuenta gendarmes.

Los demás prisioneros seguían a pie.

El perro favorito del duque corría gozoso de un lado para otro, sin duda prometiéndoselas muy feliz, porque para él era un día de campo.

CAPÍTULO VI

Así como esbirros y prisioneros pasaron el Rin, fue confiada la custodia de S. A. al Coronel Charlot, y mientras que el general jefe de la expedición se dirigía al galope hacia Estrasburgo, los prisioneros continuaron su triste jornada hacia el territorio francés.

Un buen trayecto tuvo que recorrerlo el Príncipe a pie por estar completamente intransitable para el carruaje.

Trató de inquirir la causa por la que se le llevaba como prisionero de guerra, de labios del coronel que le valía por alcaide, pero el pundonoroso militar sorteaba la respuesta habilísimamente.

Mas tanto rogó el prisionero, que al fin no hubo otro remedio que decirle cruda y llanamente la causa por la que el consulado entendía que era necesario su arresto.

Apenas el de Enghien oyó que iba preso por complicidad en una tentativa de asesinato contra el Primer Cónsul, tramada por los George, los Pichegru, los Moreau y los Daumeriez, estalló en frases de iracunda protesta, diciendo que esa vil acusación era una infame calumnia que estaba a muchas leguas de sus altísimos pensamientos como caballero, como militar y como cristiano. Y que semejantes aventureros como los nombrados nada en común tenían con él.

Por otra parte, que si como príncipe de la casa de Borbón era leal enemigo de Bonaparte, personalmente, y como hombre de recto juicio, le admiraba por su genio estratégico.

Charlot procuró calmar su excitación diciéndole que en lo que a él respectaba no podía aventurar juicio alguno, y no más cumplía con prenderle por este delito, que allá se vería si era o no supuesto…

A poco más de las cinco de la tarde llegó el convoy a Estrasburgo.

El coronel Charlot aposentó al noble prisionero en su misma casa.

Una vez los dos solos, el duque expresó a su guardador en los términos más vivos y exaltados, la gran repugnancia que le inspiraba el ser conducido como reo de alta traición.

—Mejor quisiera que aquí mismo me levantarais la tapa de los sesos de un pistoletazo —le dijo en el colmo de la desesperación.

Y aún se dice que, haciendo notable agravio al pundonor del veterano, llegó entre sutilezas a proponerle que le consintiera escapar.

El noble militar se levantó del asiento que ocupaba ante el Borbón, aparentando no haber puesto cuidado en lo que aquél le hablaba.

En tanto se esperaba de París el examen de todos los papeles y documentos de S. A., continuó este en Estrasburgo, donde distraía las horas con la tertulia de sus guardianes y los criados que tan noblemente quisieron correr su misma suerte y escribiendo a la princesa de Rohan, su esposa.

Pero sin duda que en esta íntima correspondencia se había establecido estrecha censura por orden del Gobierno de París, y no llegaban las cartas a su destino, cuando en el libro de memorias del duque se encuentra esta hoja.

«No sé si son mis cartas las que no llegan a manos de la Princesa, o son las suyas las que no llegan a las mías. Quizás ni unas ni otras.

Tiemblo por su salud.

¿Por qué no me escribe?

Si está enferma yo sé que es por esta cruel separación, y en ese caso unos cuantos rasgos de mi pluma serían más que suficientes para devolverle la salud.

Vienen a hacerme firmar el acta del examen de mis papeles.

Pido y obtengo el derecho de añadir una nota explicativa en la cual pruebo que jamás tuve ni quise tener otras intenciones que servir a mi patria y hacer lealmente la guerra a los enemigos del trono.

Dicen que mañana se me concederá permiso para pasear por el jardín con el oficial de guardia y con mis buenos compañeros de infortunio.

Esto me alegra un poco, que son muchos los días que llevo sin ver más cielo, ni más tierra que lo que se alcanza desde la ventana de mi cuarto, transformado en prisión.

Ceno y me acuesto relativamente contento».

En las últimas horas de la noche del domingo 27 de Ventoso (17 de marzo), llegó a Estrasburgo un correo procedente de París con órdenes urgentes para el coronel Charlot.

Apenas el emisario fue recibido por el pundonoroso guardián del duque, fue advertido este para que se dispusiera a seguirle.

Veamos cómo el prisionero da cuenta de este momento en su interesante libro de memorias:

«Domingo 18.

Cerca de la una y media de la mañana, cuando hace más de dos horas que me hallo en el lecho, me despierta Ferón, y me anuncia al coronel que me sirve de alcaide.

Se presenta Charlot y me ordena que me disponga a seguirle a casa del general Caulaincourt.

No me consiente emplear más tiempo que el estrictamente necesario para vestirme.

Después de despedirme de mis compañeros de infortunio, a los que acaso no vuelva a ver más, parto con el coronel, y un piquete de gendarmes.

Mucha gente y mucho aparato me parece para conducirme solamente a casa del general…

En efecto, lo que me espera es una silla de posta, que ha de llevarme a París.

El subteniente Petermann se sienta a mi lado, en el pescante, al lado del cochero, el aposentador Blitersdoff.

Llevamos nutrida escolta de gendarmes; tienen miedo de que me escape.

Sin duda soy preso de grandísima consideración».

Durante el camino, que se hizo con extraordinaria rapidez, pues en todas partes se hallaba grandes facilidades para el relevo de las caballerías, por ser cosa concertada de antemano, como servicio a la República, se mostró S. A. menos pesimista, pues pensaba que tan pronto como se avistara con el Primer Cónsul, se aclararía favorablemente su situación.

Se hacía decir los nombres de los pueblos y aldeas por donde cruzaban.

Su corazón parecía ensancharse al encontrarse en territorio francés.

No dejaban los oficiales de atenderle y respetarle como su encumbrada alcurnia exigía, con lo que parece que el papel de prisionero se le hacía menos cuesta arriba, habiendo momentos en que se creía que no viajaba como tal, sino como par de Francia, con toda clase de honores y prerrogativas.

En prueba de agradecimiento por estas atenciones, se quitó un anillo y lo entregó al teniente Micher como recuerdo de aquellas horas.

La familia de este oficial guardó siempre esta histórica joya como venerada reliquia.

La noche del 28 de marzo, minutos antes de las nueve, atravesaba la silla de postas Chalons—sur—Mer, y en el día siguiente, a las tres de la tarde, entraba en París por la barrera de la Villete.

La extraña comitiva era la admiración de los muchachos y comadreo de las vecinas, que se hacían miles de cábalas y fantasías acerca de quién pudiera ser la persona tan bien guardada que llevaban en aquel carruaje, que por esquivarle a la pública curiosidad traía bajas las cortinillas.

El coche continuó a buen trote por los bulevares exteriores y por la calle de Sevres, entrando al fin en el patio de la famosa hostería de Califay, donde estaba instalado el Ministerio de Negocios extranjeros.

CAPÍTULO VII

Paró estrepitosamente el coche sobre los picudos guijos, entre el chirriar de los recios herrajes y los silbidos y voces del postillón y los zagales.

Se disponía S. A. a apearse, cuando se vio apercibido por un ujier, que le decía que no lo hiciese, puesto que no tenía orden para detenerse allí.

Pasados algunos minutos, en los que se cruzaron órdenes y explicaciones entre los oficiales y el dicho ministril, el postillón volvió grupas y el pesado armatoste tornó a quebrantar el pavimento de París.

A las cinco y media de la tarde paraba definitivamente en el patio de armas del venerable castillo de Vicennes.

El comandante de la fortaleza salió a recibir a Enghien, quien por lo largo de la jornada y la crudeza de la estación estaba transido de fatiga y de frío.

Le rogó con las más respetuosas palabras, en atención a su alto rango, que en lo que se le preparaba confortablemente el aposento que debía de ocupar, entrase a reponerse en su propia mansión.

—Con mucho gusto acepto vuestro ofrecimiento —le respondió S. A.—, y para que veáis con cuánta buena voluntad y franca llaneza lo hago, os advertiré que, si me ofrecierais alguna cosa con que engañar al hambre, tampoco la rechazaría, sino que os lo agradecería tanto y más que las brasas del fogaril.

Deseo que fue espléndidamente atendido por el alcaide una vez que alojó al príncipe en el aposento que debía de servirle de prisión.

Bueno será decir como de pasada algo que no deje muy honorablemente el nombre y la hombría del castellano de Vicennes.

Mr. Harel era un traidor.

Antiguo sargento de guardia francesa, por influencia de los jacobinos, de quien fue uno de los más fanáticos partidarios, quedó ascendido al grado de capitán; conspiró con el mismo encono que tantos otros; pero, advirtiendo que la causa que defendía no llevaba por el entonces las cartas de ganar, tiró la baraja y denunció a sus cómplices.

Este villano servicio de policía le valió el grado de coronel y el mando del puesto de Vincennes.

He aquí, pues, la historia de un bravo y pundonoroso soldado de Napoleón...

Aunque Mr. Harel, por órdenes secretas del ministerio de Policía, estaba amonestado para no averiguar ni el nombre ni la condición social del preso, presto adivinó que debía ser algún noble, y por esta discreta sospecha le trató con todo género de miramientos.

Apenas S. A. se rehízo del hambre y del frío, fue conducido por el mismo comandante al pabellón llamado del Rey.

Se le había preparado allí aposento confortable y cómodo, amueblado con bastante buen gusto.

En la chimenea ardía un fuego abundante y confortador que hacía olvidar muy dulcemente las angustias del incómodo y largo viaje.

Mientras uno de los asistentes del comandante carcelero corría al pueblo a traer de la posada la cena de S. A., paseaba este a lo largo de la amplia habitación, y para mejor pasar

el tiempo charlaba jovialmente con Mr. Harel.

Le dijo su nombre, y, si bien al alcaide le estaba prohibido por orden superior inquirir quién era el prisionero, no podía excusarse de saberlo si el propio interesado lo decía sin que se lo preguntasen.

—En otro tiempo —decía el duque, inspeccionando curiosamente la habitación sin dejar mueble ni rincón— vine con mi abuelo a visitar este castillo, que es uno de los más notables de la Francia feudal, y aun quiero reconocer esta misma pieza en que nos hallamos. Aunque esta vez mi estancia en esta mansión será un poco más larga que la de entonces, no creo que pasará de una semana; pero si mi mala estrella dispusiera otra cosa y las semanas se encadenaran, pediría al Gobierno que me permitiese cazar en estos bosques, que son magníficos, dándole mi palabra de honor de no evadirme, aunque me dejasen libre de toda tutela policíaca.

Y acariciando esta idea con la mente, acariciaba con la mano la hermosa cabeza de su magnífico perro Mylof, que no le había abandonado, y toda la jornada desde el ducado de Baden la había hecho al pie de la silla de postas.

Al fin llegó la cena.

Alegremente fue acogida por el duque, que se dispuso a hacerle muy bien los honores.

Extendió los manteles el asistente que fue por ella, y mientras S. A. merodeaba alrededor cual mosca alrededor de la miel.

Todo estuvo dispuesto.

Al disponerse a sentarse quedó un tanto suspenso y desagradablemente impresionado al advertir que los cubiertos eran de estaño.

Los tomó, los examinó, y, sin decir nada, los volvió a poner sobre la mesa y prosiguió en sus paseos por la estancia.

Comprendió Mr. Harel lo que quería decir con esto, que no era otra cosa que una muda y dolorida protesta contra tamaña falta de atención al decoro de su persona en la mesa, y envió a buscar su propia vajilla de plata.

Agradeció mucho el agasajo, y así en cuanto estuvo colocada la argentería se sentó al fin y comió con muy notable apetito.

Terminada la cena, la cual fue abundante y despaciosa, amén de salpimentada de animado diálogo en que no se habló de otros asuntos que de hechos de armas y sucesos de cacerías, se despidió el antiguo jacobino (ahora florecido en comandante republicano), y entonces el príncipe, dulcemente atormentado por el sueño, se acogió a la paz de las sábanas y se durmió como un santo...

CAPÍTULO VIII

De grandísima trascendencia era para el Primer Cónsul el enjuiciamiento del duque de Enghien, y cierto que el solucionarlo fue una de las grandes tempestades que se desencadenaron bajo su cráneo.

No quiso para ello consejeros ni asesores, sino toda la amplitud de su conciencia y todo su ingenio de estadista.

Se aisló del bullicio cortesano para pensar y juzgar con más limpidez de criterio, a cuyo fin el 12 de marzo (21 del Ventoso) se trasladó a la Malmaison donde se hallaba más seguro de la soledad y de la meditación.

Durante este obligado aislamiento se negó en absoluto a dar audiencia alguna, y solamente sus hermanos y los cónsules podían pasar con él algunos ratos.

Pero durante estas entrevistas se abstraía frecuentemente, y su imaginación volaba muy alto sobre la conversación que se sostuviera.

Después de que le dejaran solo, caía profundamente en el pensamiento que allí le llevara.

Sin compañía alguna, paseaba por aquellos hermosos jardines horas enteras hasta cansarse, unas veces lento y mesurado como requería la gravedad del caso, otras nervioso y rápido, con la vehemencia de las resoluciones prontas y radicales.

A fe que por estas rudas alternativas algún oculto y curioso observador hubiera podido juzgar muy bien las encontradas y cruentas luchas por las que atravesaba su ánimo.

Luchaban el gobernante y el hambre; al primero le aconsejaba la política y al segundo el miedo.

Su semblante quería aderezarse un gesto sereno y tranquilo, que no acertaba a verse en el espejo de su corazón.

La prueba más segura de las agitaciones y batallas entre su cargo y su hombría estaban en su misma ociosidad.

En el breve tiempo que duró su aislamiento no dictó ni una orden ni aun una carta particular. Cosa que en toda su vida fueron contados los días que dejó de hacerlo.

Muchas veces su esposa, con esa intuición privilegiada que tienen las mujeres respecto de los engranajes de las mundanas pasiones, procuró inclinarle hacia el perdón, porque temía que de la muerte del príncipe pudiera venir más certera la de Bonaparte.

Este, que tenía el orgullo de su voluntad, le respondía agriamente, diciéndole que aquello

no era asunto para ser arreglado por mujeres, así que le dejase en paz...

Al fin se decidió por someter al desgraciado vástago de la casa de Condé a un consejo sumarísimo, que debían de juzgar los primeros generales de la República, hechura todos del Primer Cónsul.

No bastaron para disuadirle de esta terrible e injusta resolución ni las lágrimas de Josefina, ni los ruegos de su hermano, diciéndole que no olvidase que cuando él (José) estudiaba en el colegio militar de Antun, fue allá el príncipe de Condé, abuelo del duque, y atendiendo a la humilde situación económica y social del joven alumno le procuró él mismo los medios para ingresar en la Academia de Artillería; tampoco consiguieron ablandarle, sino enfurecerle, las humanitarias y honrosas observaciones de su cuñado Murat, al cual trató de cobarde, diciéndole que si él no tenía valor para decretar aquella orden, bastaba solo con su firma como Primer Cónsul...

Respondió Murat que, como gobernador militar de París, a él solo correspondía aquel triste deber; pero que sobre la conciencia de Napoleón declinaba toda responsabilidad.

—Escribe —le dijo Napoleón señalándole su mesa de despacho.

Se sentó ante ella el que años después habría de escribir en la Historia de España la gloriosa fecha del Dos de Mayo, y trasladó al papel las palabras del Cónsul:

«AL GOBIERNO DE PARÍS

29 de Ventoso, año XII de la República francesa.

YO, EL GENERAL EN JEFE GOBERNADOR DE LA CIUDAD DE PARÍS.

Ordeno y mando:

Que con fecha de hoy sea juzgado por una Comisión militar Luis Antonio Enrique de Borbón y de Orleans, duque de Enghien.

Dicha Comisión estará compuesta por siete nombres, que serán:

Presidente: El general Huilm, comandante de los granaderos de a pie de la guardia de los Cónsules.

El coronel Guitton, comandante del primer escuadrón de coraceros.

El coronel Bazaucourt, comandante del cuarto regimiento de Infantería ligera.

El coronel Ravier, comandante del dieciocho regimiento de Infantería de línea.

El coronel Barrois, comandante del noventa y seis ídem.

E1 coronel Rabbe, comandante del segundo de la guardia municipal de París.

El ciudadano Dantaucourt, mayor del regimiento de Gendarmería escogida, el cual oficiará como capitán relator de la causa,

Esta Comisión deberá reunirse a la mayor brevedad posible y sin demora ni impedimento alguno en el castillo de Vicennes, para juzgar en una sola audiencia y sin apelación al acusado.

Todo ello conforme a los cargos enunciados que se expresan en el decreto del Gobierno, de que será enviada copia íntegra al ciudadano Presidente…».

—Ahora, firma —mandó Bonaparte, interrumpiendo sus paseos y parándose detrás de su cuñado, como ansioso de inspeccionar hasta los rasgos de la rúbrica.

Y el ilustre amanuense firmó con letra gallarda, pero temblona:

«Joaquín Murat».

*

Los individuos de este inexorable tribunal fueron avisados individualmente para presentarse en casa del gobernador de París, y desde allí, sin pérdida de momento, se trasladaron a Vicennes, sin saber siquiera el nombre del reo que iban a juzgar.

El Primer Cónsul se había cuidado muy bien de adoptar todas las disposiciones necesarias en semejantes casos.

La gendarmería escogida y una brigada de Infantería habían sido destinadas a guardar la fortaleza durante el juicio.

Volvamos ahora al desgraciado príncipe, quien, adivinando en parte el trágico fin que le esperaba, pasó toda aquella noche que antecedió a la vista de su proceso en un angustioso desaliento.

De vez en vez le cundía un pequeño rayo de esperanza, y era que pensaba en la entrevista

que pidiera a Bonaparte; si le era concedida aumentaría la ilusión que de ella pudiera nacer su libertad, pues confiaba en la rectitud de juicio y serenidad de espíritu del Primer Cónsul.

Mas, cuando para dar algún descanso al fatigado pensamiento, que por tan intrincados laberintos ambulaba, fijaba el mirar en aquellos vastos y viejos torreones que en otros tiempos habían servido de cárcel a ilustres ascendientes de su noble casa, se le aumentaban más negramente la desesperación y la tristeza.

CAPÍTULO IX

Aún no eran las once de la noche, y ya hacía rato que el infortunado conde pidiera al sueño que le acallara penas e inquietudes, cuando fue despertado por un subteniente de Gendarmería y dos soldados, el cual le mandó que se vistiese y se dispusiera a seguirle.

Lo hizo así, y a poco dieron los cuatro en una sala de la Alcaidía, donde se encontraban el capitán relator y el mayor Dantaucourt, quien procedió inmediatamente al interrogatorio del acusado.

Se tendió en todo él, que fue largo y minucioso, a procurar que el duque apareciera como un conspirador temible, sin tener en cuenta para nada su estirpe ilustre; por más apretadas que fueron las preguntas, nada de esto consiguieron que declarase, porque ciertamente que S. A. no era otra cosa que enemigo del régimen, sin tocar para nada sus pasiones políticas, ni a la Patria ni a Bonaparte, de quien dijo siempre que admiraba como hombre de guerra.

Finado el interrogatorio, se le mandó que firmara, pero antes escribió las siguientes líneas:

«Al estampar mi firma en este pliego, solicito con todo respeto del Primer Cónsul de la República, una audiencia particular.

Por lo ilustre de mi alcurnia, que es de las venerables de Francia, por lo difícil y angustioso de mi situación, pues me veo erróneamente considerado como conspirador, me creo con derecho a dar esta entrevista por concedida.

L. A. H. de Borbón».

De esta nota se desprende que el terror del príncipe, que veía su muerte próxima, solo tenía un descanso en la suspirada audiencia de Bonaparte.

Terminado y firmado el interrogatorio pasó el capitán relator a otra sala inmediata, que

era donde estaba reunida la Comisión militar.

Así como hubieron leído la pretensión del de Enghiem de ver al Primer Cónsul, propuso el coronel Barrois sobreseer la causa para trasladar la demanda del reo a la primera autoridad de la República; pero el coronel Savary se opuso en absoluto, alegando las órdenes de Murat, de que la Comisión juzgara y ejecutara sin pérdida alguna de momento, y aun el mismo Bonaparte, al confiarle el mando de la guardia del prisionero, le había hecho responsable de todo lo que pudiera entorpecer la inmediata solución de aquel proceso.

Así pues, la Comisión continuó adelante en sus procedimientos.

Mandó el presidente que se hiciera pasar al acusado.

No revelaba su semblante inquietud alguna, aunque bien puede tenerse por seguro que hacía sobrehumanos esfuerzos por disimular.

La mirada la sostenía fija y penetrante.

Se componía su vestido de frac azul con botones de oro, corbata blanca de finísimo encaje de Valenciennes; le brillaban en las orejas costosos pendientes de perlas (que entonces había esta moda en los jóvenes elegantes); ceñía un ajustadísimo pantalón de rico paño gris, y se calzaba con botas a lo húsar.

Al entrar en la sala se destocó con todo respeto su gorra de galones de oro.

Además de los individuos que formaran el Consejo de guerra, ocupaban la sala los jefes y oficiales de las tropas alojadas en Vicennes.

Eran cerca de las dos de la mañana.

Se levantó el relator y leyó las anteriores declaraciones del acusado.

Después de que fueran leídas le preguntó el presidente, general Hullin, si sobre ellas tenía algo que añadir para su defensa, a lo cual el duque respondió que no tenía otra cosa que decir, sino que en ellas se mantenía.

Se hizo retirar a S. A.

Quedó sola la Comisión para deliberar en secreto. Se propuso que se hiciera el fallo por votos de todos los individuos.

Recogió luego el presidente las papeletas, empezando por el de menor graduación, y emitiendo el suyo el último.

Se hizo el escrutinio, cuyo resultado iba a ser la sentencia.

Y la sentencia fue... de muerte.

Debía ejecutarse inmediatamente después de publicada.

El miedo de Napoleón comenzaba a aplacarse; le tranquilizaría la desaparición de un inocente.

CAPÍTULO X

El duque de Enghien esperaba ansiosamente el fallo del sumario, hablando mientras con el subteniente Noirot, el cual años antes había sido camarada militar de S. A. en el escuadrón de Caballería real de Navarra

Se hallaban en amistosa charla, que era toda ella una amable recordación del tiempo pasado, cuando entró Mr. Hasel, custodio del prisionero.

El alcaide llevaba en la mano una linterna.

—Alteza —dijo—, tened la bondad de seguirme.

—¿A dónde? —preguntó este poniéndose en pie.

—Ya lo sabréis —respondió el antiguo sargento, procurando que sus miradas y las del preso no se encontraran.

Obedeció el reo, y salió conducido por el comandante, dos gendarmes y Mr. Noirot.

Una lluvia persistente y fría doblaba el espesor de las tinieblas, se diría que la Naturaleza daba su más triste aparato al final de aquella cruenta y cobarde tragedia.

Llegaron al pie del pabellón, que dicen de la Reina, allí esperaba un piquete mandado por un ayudante.

Avanzó este, llevando en la diestra mano un pliego.

Era la sentencia, prolijamente redactada por el general Hullin, presidente del tribunal.

Harel levantó la linterna, y el oficial la leyó con voz conmovida, que vanamente quería aparentar firmeza.

El desgraciado príncipe no hizo el menor movimiento, ni en su pálido rostro se retrató un solo gesto mientras que duró la lectura.

Así como esta fue acabada, paseó la vista en torno de oficiales y soldados, y dijo:

—¿Hay entre todos un alma cristiana que quiera hacerme el postrero favor en esta vida? Será cumplir la última voluntad de un moribundo.

El subteniente Noirot se adelantó.

Le habló el duque al oído algunas palabras.

—Señores —dijo el alférez—, ¿alguno de vosotros tiene unas tijeras?

Ofreció las suyas uno de los gendarmes, y fueron pasando de mano en mano hasta dar en las de Noirot.

Se descubrió el reo, y entonces su antiguo compañero de armas le cortó un largo mechón.

Luego el infortunado par se quitó un hermoso anillo de oro, sacó una carta y entregó ambas cosas al alférez Noirot. Aquel pliego era su último recuerdo de amor para su desdichada esposa, la princesa Carlota.

Un instante permaneció en solemne silencio abrazado a su antiguo camarada. Se separó al fin y, tratando de reponerse, pidió que le llevasen un sacerdote, porque, conforme con las prácticas piadosas en que había sido educado, quería morir cristianamente.

Le dijeron que ni en el castillo ni en todo el pueblo de Vicennes había uno.

Contrariado escuchó la negativa.

Se recogió un instante dentro de su alma, floreció una oración en sus labios, y apenas la acabara se adelantó hacia el piquete, diciendo con voz entera:

—Cuando gustéis.

Se hallaba entonces el príncipe a tres pasos próximamente de la pared que circundaba la huerta.

Retrocedió el piquete tres pasos y previno las armas para el terrible trance final.

Mr. Harel tomó la linterna que alumbraba el trágico cuadro y la colocó encima de la pared, para que se destacara más la figura del ilustre reo y pudiera asegurarse mejor la puntería.

Su Alteza esperaba inmóvil, con la cabeza erguida.

Hacia un ángulo se destacaba, entre las tupidas sombras de la noche, un hombre.

Este hombre no era otro que el general Savary.

De pronto, en su diestra mano, se destacó un pañuelo blanco que batió el aire dos veces.

El oficial ayudante que mandaba el piquete alzó el sable a la altura de la cabeza, lo bajó rápidamente, y una seca descarga profanó el augusto silencio de la noche.

El duque de Enghien caía rápidamente atravesado por las balas.

Se acercaron al inanimado cuerpo el oficial y cuatro gendarmes.

Uno de ellos registró las ropas del cadáver y sacó de él un cuaderno.

Era el diario del príncipe.

Después tomó los relojes con magníficos colgantes y todo ello fue entregado al general Savary.

Hecho que fue este minucioso registro, los otros gendarmes se hicieron cargo de los restos mortales del infortunado Luis Enrique de Borbón, y sin mortaja ni féretro, tal y como quedara después de la ejecución, le arrojaron en la fosa que ya de antemano estaba abierta allí al lado.

El miedo de Napoleón quedaba satisfecho.

El Primer Cónsul podía dormir, cuando menos por aquella noche, con todo sosiego y tranquilidad; su vida estaba asegurada.

¡Oh, pequeñas pasiones de los grandes hombres!

El castillo y el pueblo de Vicennes volvieron de allí a poco a su tranquila paz.

Las tropas enviadas para este sacrificio humano, e innecesario por un prejuicio político, abandonaron la villa antes de amanecer.

Y ciertamente que en el semblante de ninguno de los jefes ni de los soldados se veía retratada la huella de haber cumplido un deber. Acaso no faltó alguno que murmurara entre dientes:

—Ha sido una cobardía.

Los miembros de la Comisión entraron en París al amanecer.

Poco después Mr. Savary partía, sin escolta alguna, para la Malmaison.

CAPÍTULO XI

La noche del 20 de marzo de 1804, mientras entre los viejos e históricos muros del castillo de Vicennes se desarrollaba el trágico drama que dejamos relatado, el Primer Cónsul procuraba distraer y acallar la balumba que sostenían sus pasiones y su conciencia.

Se hallaba recluido en esta posesión con su esposa, su hijo, su secretario y una pequeña corte, compuesta de unas cuantas damas al servicio de Josefina, y algunos oficiales.

Mucho tiempo, durante la primera parte de la velada, estuvo Napoleón paseando, unas veces solo y abstraído, y otras de pie ante un vitral, como escrutando a su través la negra lejanía donde tan solapada y cruelmente se estaba saciando una debilidad de su espíritu.

Josefina, más atenta a la bulla cortesana que a la preocupación del que eligió por esposo, bromeaba y charlaba con damas y oficiales; y, aunque a veces la conversación pisaba las estrepitosas lindes del alborozo, nada conmovía a Bonaparte, atento solo a su drama interior.

Alguna vez, al pasar ante ella, le preguntó su esposa indiferentemente por qué no tomaba parte en la charla.

—¿Te distrae más —le decía— mirar al jardín, que está como boca de lobo, que las luminosas y divertidas historietas de estos señores?

Se paraba un instante el Cónsul, parecía que solamente para escuchar aquella recomendación, y luego, acaso sin darse cuenta él mismo, proseguía el interrumpido paseo o

las visitas a la ventana.

Una persona había, sin embargo, en la mansión consular, ajena a cuanto allí aconteciera.

Madame de Remusat.

Tenía conocimiento de la llegada a Francia del duque de Enghien, como asimismo del consejo sumarísimo a que había de comparecer.

Lo que le despertaba aquel interés por el príncipe no era otra cosa que una viva simpatía por las bellas cualidades y notables hechos que adornaban la figura de S. A.

Estaba sola, apartada de todos los demás; delante del sillón en que se sentara había una linda mesita que era portadora del tablero de ajedrez.

Una de las veces que Bonaparte cruzó con su fingida apariencia tranquila ante Mad. Remusat, se la quedó mirando e indicándole el estratégico pasatiempo, le preguntó:

—¿Jugabais? ¿Quién ganó la partida? Fue el vencido quien se batió en retirada, o es él quien se queda ante los sangrientos despojos de sus huestes lamentando las peripecias de la negra derrota.

—No hubo batalla, señor —respondió la dama procurando aderezar su pálido y bello semblante con una sonrisilla seductora—. Me senté aquí, sola, y meditaba.

—¿Y era esa meditación? —preguntó sonriente Bonaparte y tomando asiento frente a ella— Digo, si es que la cosa no es escrupuloso remilgo de conciencia, que os veda el comunicarla a nadie no siendo a vuestro director espiritual...

—Cosas —dijo la dama, mientras ponía en orden de batalla las piezas del juego—. ¿Os place una partida? —preguntó.

Aceptó Bonaparte.

Largo rato transcurrió sin que entre ambos se cruzara una palabra.

Se diría que aquel silencio les traía el recogimiento necesario para llevar bien el juego, y, sin embargo, cuán lejos estaba cada uno de aquel tablerillo cuadriculado y de aquellas piezas talladas.

El pensamiento de los dos vagaba por el mismo sitio.

Napoleón, mientras movía las figuras de su bando, quería recordar, a veces desastrosamente, alguna cancioncilla en boga por el entonces, y otras musitaba fragmentos

poéticos de los clásicos franceses o de los poetas de moda.

Le miraba la Remusat de hito en hito; pero no se atrevía a llevar la conversación por el cauce que ella deseara.

De pronto, de los labios del Primer Cónsul comenzaron a fluir los más bellos fragmentos de las poesías en que Corneille y Voltaire hacen el panegírico de la clemencia.

La Ramusat pensó que el príncipe estaba en camino de salvar su vida.

—¿Os placen los versos, señor?

—Cuando me parecen que son buenos; porque yo, en realidad, no entiendo mucho de estos pasatiempos.

—Sobre todo cuando son de tan ilustres ingenios como los que acabáis de recordar, y vienen tan apropiados a las circunstancias.

—A qué circunstancias.

—A esta del príncipe de Condé, perdonadme si soy indiscreta; pero S. A. no es capaz, no ya de causar por sí mismo, sino de hacer a alguien el más pequeño daño.

Bonaparte se alzó bruscamente del asiento que ocupaba, tan bruscamente, que faltó bien poco para que mesita y tablero vinieran a tierra, y diciendo: —¡Al diablo los poetas y los entrometidos! —continuó en su agitado y nervioso paseo...

Momentos después daban las once, y la tertulia quedó disuelta.

Mme. Remusat, en vez de añadir a su libro de memorias (como esperaba) una página consoladora, la añadió de luto y de amargura.

CAPÍTULO XII

La conciencia de Bonaparte era un volcán ansioso de romper.

Se retiró a sus habitaciones en cuanto dio por terminada la tertulia, mas no lo hizo con el afán de reposar y matar con el sueño la agitación de su pensamiento, sino por el deseo de

estar solo.

Toda la noche la pasó en claro ante la mesa de su despacho.

Conforme avanzaba el tiempo haciéndose horas para traer al nuevo día, allá en los hondos rincones de su espíritu iban entrando unos puntillos de luz, que no eran otra cosa que un tardío arrepentimiento.

Si aún hubiera podido deshacer lo hecho...

Y, pensando si habría lugar o no, si la demencia en este caso pudiera tomarse por debilidad, se quedó transpuesto, y puede que soñara que lo había.

Un magnífico reloj de sobremesa hizo sonar seis argentinas campanadas, al mismo tiempo que una mano discreta golpeaba suavemente la puerta de la cámara.

... Despertó, antes por el ruido del reloj que por la mano que demandaba audiencia.

Mandó entrar al que llamaba.

Y entraron el general Savary y el secretario particular del Cónsul, Mr. Meneval.

—¿Qué hay? —preguntó con mal disimulada ansiedad el Primer Cónsul.

Y Mr. Savary comenzó sucintamente toda la triste odisea del desventurado duque de Enghein, desde el momento en que compareció ante el tribunal, hasta que su destrozado cuerpo recibió la paz de la tierra.

A medida que hablaba el viejo soldado iba empalideciendo notablemente la severa faz de Bonaparte.

Y, cuando el general llegó a decir que el reo había muerto con el deseo de ver y hablar al Primer Cónsul, en quien fiaba extremadamente para el buen éxito de su causa, interrumpió este con mucha viveza:

—Y ¿por qué no me avisaron? ¿No le había hecho el prisionero la misma súplica al comisario de Policía Mr. Real?

Savary respondió que cuando él tornaba de Vicennes a dar cuenta del cumplimiento de la sentencia, se halló con dicho funcionario que iba hacia el castillo con el fin de interrogar al reo según órdenes que recibiera. Le replicó Savary que ya no había modo de tomarse ese cuidado, puesto que acababan de fusilar a S. A.

Confuso y sin responder palabra, volvió grupas hacia París el pobre polizonte.

Bonaparte acusaba severamente al Consejo por haberse determinado a proceder sin la presencia del emisario a quien él había concedido poderes para escuchar ruegos y apelaciones.

Pero lo cierto es que el miedo de uno, la incuria y pereza de otro y el desconcierto de todos causaron aquel desmán, que más se parece a un crimen que a un castigo, puesto que el motivo, que es lo que hace falta para castigar, no solamente no se veía muy claro, sino que no lo había.

Ya comenzaba a estallar la cólera de Napoleón, que necesitaba alguna víctima sobre la que desparramarse, cuando llegó Mr. Real.

—Y, bien, Real —le preguntó secamente—, ¿cómo habéis tardado tanto en cumplir las órdenes urgentes que os había dado?

Y el pobre comisario de Policía expuso medrosa y sinceramente la causa de tan lamentable retraso, que había costado nada menos que la vida de uno de los primeros nobles de Francia.

He aquí sustanciada la disculpa del policía:

La víspera, según las instrucciones del Consulado, puso un gendarme de centinela especial en la última parada que hacía viniendo de Estrasburgo, advirtiéndole que le avisara así como llegase una silla de postas con escolta de gendarmería.

En efecto; a las cuatro de la tarde se le presentó el gendarme diciendo que acababa de llegar el prisionero.

Pero como se esperaba también a igual tiempo uno de los comprometidos en el proceso—Georges, Moreau Pichegru, entendió el comisario que era la llegada del tal lo que le avisaban, y así, sin moverse de donde estaba sentado, mandó que pasaran recado a Mr. Desmarest, que era a quien en dicho asunto le correspondía librar las primeras diligencias.

Tenía formado juicio de que la llegada de S. A. no sería hasta las primeras horas de la madrugada.

Rendido por la fatiga, pues eran hartas las noches que por razones de su alto y comprometido cargo había pasado en claro, se acostó a cosa de las ocho de la noche, recomendando antes a su ayuda de cámara que, según costumbre, le pasara en seguida razón de cuantos recados llegasen.

Pero el demonio, que nunca duerme, ni aun cuando lo hacen los mortales, lo dispuso de mala manera, haciendo que en el breve intervalo de unas dos horas llegasen dos cartas sin importancia alguna, tan llenas de necedades, que no merecían ni la pequeña molestia de romperles el sello, con lo que se incomodó notablemente Mr. Real.

El criado no sabía la urgencia que estaba esperando su señor; para evitarse regaños decidió no darle ya más recados hasta el amanecer.

Llegó el correo con las órdenes del Primer Cónsul, y el lacayo hizo lo que *in mente* se prometiera, dejando la carta para cuando Monsieur Recal se despertase.

A las tres de la mañana se despertó el buen hombre, leyó la carta y… naturalmente, por mucha prisa que quiso darse, llegó tarde...

Bonaparte, ante tan sincera como torpe disculpa, que ciertamente en otra ocasión no hubiera dejado sin un severo castigo, pues ella acusaba un grave abandono del deber, dijo, por toda admonición fijando su penetrante y fría mirada en la sombría de Mr. Real:

—¡Está bien! ¡Está bien!

Y salió de la estancia.

En aquella lacónica e inesperada respuesta del Primer Cónsul había un abismo de misterio.

No se acertaba a saber si lo enorme del error cometido le velaba el pensamiento, y no daba con las palabras precisas que ante caso tan excepcional hubiera querido decir, o por el contrario era que con ellas aprobaba aquel crimen cobarde disfrazado de justicia.

La muerte del duque de Enghien perjudicó grandemente a Napoleón ante la opinión pública, y en cambio en el orden político no le trajo beneficio alguno.

En las Cortes extranjeras produjo vivísima emoción, que terminó por traducirse en muy duras protestas de los jefes de Estado.

El desterrado monarca francés, Luis XVIII, se apresuró a devolver al de España la Orden del Toisón de Oro, en la cual acababa de ingresar Bonaparte.

La carta de renuncia del soberano ofendido estaba concebida en estos términos:

«Señor y primo mío: Con profundo dolor por lo que a vos atañe como jefe de la Orden que representa, os devuelvo esa insignia, porque es deshonroso para mi estirpe hallarse junto a un aventurero a quien la audacia ha sentado en un trono, el cual, si algo tiene de honrado es las manos, por llevarlas teñidas con sangre de un Borbón…».

También, en términos altamente duros y enérgicos, protestaron los soberanos de otras naciones.

El emperador de Rusia hizo levantar en la iglesia principal de San Petersburgo un monumento funerario en honor del infortunado duque.

Su inscripción latina revelaba la más profunda indignación y hondo encono por tan sensible muerte:

«*Quem corsica bellua immauiter trucidavit*».

(Cruelmente degollado por la bestia feroz de Córcega).

La corte moscovita vistió luto riguroso.

El Gabinete de San Petersburgo, en su pretenciosa cualidad de fiador del Imperio germánico, tomó acta y parte en nombre de este, reclamando diplomáticamente contra la violación del territorio de Baden, donde el príncipe se hallaba refugiado, y puso en juego cuantos medios creyó convenientes al objeto de formar contra Francia otra nueva coalición.

Pero todo ello no condujo a más que a una respuesta viva y dura de M. de Talleirand, y a una amarga alusión acerca de la muerte de Pablo I.

EPÍLOGO

Dos o tres horas habían pasado desde que el desgraciado vástago de la Casa de Borbón abandonara las miserias de este mundo perdurable; era día claro, el sol brillaba esplendoroso, como tiene por buena costumbre en las apacibles mañanas de mayo.

El primer cuidado que aquel día se impuso monsieur Harel, alcaide de la fortaleza, fue acudir a casa de Mavrée, el fondista, a pagarle la última cena que el desdichado reo consumiera.

Antiguos camaradas, él y el solapado fondista, charlaron largo rato así como fue cumplido el sagrado deber de ajustar las cuentas; que una cosa es la amistad, y el dinero es otra cosa.

Y fue todo el campo de la conversación los tristes acontecimientos que durante la noche anterior tuvieron lugar en el castillo.

El hostelero escuchaba embobado el minucioso relato del comandante, pues este con tal lujo de detalles y con tan reposada parsimonia lo refería, que era como estarlo presenciando.

En lo mejor parece que iban, cuando los sacó de su arrobo el estrepitoso rodar de un coche que se paró en la misma puerta de la hostería. Ambos callaron y salieron.

Del carruaje descendieron una elegantísima y bella dama, cuyo gentil rostro se dejaba adivinar a través de un tupido velo, y un caballero, como de cuarenta y cinco a cincuenta años.

Entendió Mr. Harel que pudieran ser forasteros que absorbieran toda la atención del huésped, y entonces se fue.

El caballero se acercó al fondista y le preguntó si sabía si en la noche anterior había llegado al castillo un preso de alta distinción.

A cuya pregunta respondió cortésmente, aunque con alguna imprudente ligereza Mr. Mavrée.

—Cierto, señor; y en este momento, aquel militar que salió conmigo, acaba de satisfacerme el importe de la última cena del desdichado prisionero.

La dama reprimió ahogadamente un grito de dolor, y tuvo que apoyarse en el brazo de su acompañante para no caer al suelo.

El hombre levantó al cielo los ojos, no se sabe si en guisa de plegaria o en reto de blasfemia.

Luego, volviéndose al maese, le dijo:

—¿Seríais tan amable que por si acaso lo supierais me indicarais desde aquí cuál es de los pabellones del castillo que desde aquí se divisan en el que el reo ha pasado sus últimas horas?

—Os acompañará uno de mis criados —respondió, amable, Mavrée.

Dijo en voz alta un nombre, y apareció en seguida un zagalote, el cual puso a las órdenes de los incógnitos visitantes e interesados por la muerte del infeliz duque de Enghien.

El caballero ofreció el brazo a la dama, que con mucha dificultad podía tenerse en pie a causa de la fuerte emoción recibida.

Llegaron los tres al parque del castillo; por largo rato contemplaron los misteriosos personajes el pabellón donde el malaventurado príncipe pasara las últimas horas de su breve vida, y el foso que le sirviera de sepultura, y después de dejar el caballero una moneda en la mano del guía, salieron del lúgubre recinto, subieron a la silla de posta y desparecieron por la carretera que conduce a la frontera alemana.

Durante mucho tiempo no estuvo sin guarda la tumba del duque; echado sobre ella había un fiel centinela.

Era Mylof, su magnífico perro de caza.

El buen rey Luis XVIII resolvió al fin, por los años de 1816, dar a aquel vástago de su raza sepultura digna, y no hubo manera de llevar prestamente a cabo tan piadoso deber, porque se había perdido la noción del sitio donde se hallaba.

El pequeño muro al pie del cual fue muerto y sepultado había desaparecido.

Fue menester abrir una prolija indagatoria, cuya comisión fue encomendada a un consejero de Estado, a un diputado y a dos oficiales de la casa de Condé, el entonces gobernador del siniestro castillo; el conde de Arniand de Baumont, oficial del cuarto de Su Majestad Católica, y de algunas otras personalidades monárquicas.

Se hizo necesario levantar casi todo el piso del parque lindante con los fosos, y al fin ello dio el resultado apetecido.

Apareció el cadáver medio destrozado, con todos los objetos que llevó en sus últimos momentos.

Depositado en un féretro de plomo fue conducido por los oficiales de la guardia Real al pabellón de la puerta del bosque.

El aposento que se destinó para capilla era el mismo en que se celebró el Consejo de guerra.

Allí tendría que permanecer depositado hasta que se terminara la restauración de la capilla de la fortaleza, cuyas obras estaban terminándose a toda prisa.

Hoy yacen en aquel sagrado rincón los restos de aquel infortunado príncipe, que más que por el rigor de su malaventura, feneció porque el mayor capitán que vieron los siglos ni esperan ver los venideros padeció una hora de miedo; extraña y misteriosa enfermedad que acontece ser más intensa en los espíritus esforzados y aguerridos, que en los débiles y medrosos. ¡Dios nos libre, como de la peste, de dar ocasión a que nos apriete!

Diego San José.